
PLIEGO SUELTO QUE CONTIENE PASAJES ESCOGIDOS DE LA OBRA

CUAUHTÉMOC NO ERA VEGANO

se comió a tus abuelos

ENSAYO CONTRA LA LEYENDA NEGRA, EN DOS TOMOS

compuesto por
EL INCA DE LA MACARENA

CON PRIVILEGIO DEL SENTIDO COMÚN

Lima y Sevilla · MMXXVI

Al lector: lo que sigue no es un capítulo entero, sino una cala en el mineral. Siete filos breves, para que se sepa cómo corta el libro, y un expediente completo con sus notas al pie, para que se sepa con qué lo afila: la fuente en la mano, no el adjetivo. Quien busque consuelo, que pase de largo. Quien busque historia, adelante.

El comunismo incaico: utopía con látigo

Decir que el Tahuantinsuyo era comunista es como decir que Esparta fue un spa de bienestar.

«El Imperio inca era una sociedad comunista ejemplar, sin pobreza, sin propiedad privada, basada en el bien común.» La frase circula desde hace décadas, y algunos la repiten con devoción de catecismo rojo, y además como lección moral: mirad qué buenos eran los incas, todos compartían. Se presenta el Tahuantinsuyo como la utopía andina que Occidente nunca alcanzó. El problema es que, cuando uno mira de cerca, la postal se convierte en reglamento de cuartel.

El Imperio inca fue redistributivo, sí, pero también jerárquico, militar, aristocrático, teocrático y coercitivo. Se basaba en el *ayni* (reciprocidad), el *minka* (trabajo comunitario) y la *mit'a* (trabajo obligatorio para el Estado). No existía propiedad individual de la tierra, pero eso no significaba igualdad: significaba control total del Inca y su élite sobre el resto. Todos trabajaban por turnos obligatorios, el producto iba al Estado según lo que el Estado decidía, y la movilidad social era nula. No era redistribución solidaria: era planificación autoritaria.

Y la maquinaria iba más lejos. Los *mitmaqkuna* eran poblaciones enteras —decenas de miles de personas— que el Estado movía de un lugar a otro como piezas en un tablero: para repoblar regiones conquistadas, castigar rebeldes, romper identidades, asegurar fronteras o destruir las raíces simbólicas de los pueblos sometidos. No era integración ni multiculturalidad: era ingeniería social forzada. El Estado decidía dónde vivías, qué lengua aprendías —el quechua oficial—, a quién obedecías, qué cultivabas, cuánto trabajabas, qué vestías y cómo pagabas tributo. ¿Ausencia de pobreza? Había reservas estatales de alimento y textil, sí, pero también castigo severo para quien no cumplía su cuota, y el cuidado de ancianos y enfermos duraba mientras fueran útiles al sistema. Una sociedad sin paro no es una utopía: es un campo de trabajo del que nadie podía salirse.

Llamar comunismo a eso es anacronismo; llamarlo paraíso igualitario es directamente propaganda. El mito del «socialismo inca» fue una lectura moderna, popularizada sobre todo por Louis Baudin en 1928 y reutilizada después por publicistas con más hambre política que precisión histórica.

Lo que hubo fue un imperio sin moneda generalizada, sin mercado libre comparable al europeo, sin propiedad individual moderna, pero con una extracción sistemática de trabajo campesino y un control vertical de cada vida. Si eso es comunismo, entonces la palabra ya no describe nada: solo sirve para poner incienso donde había mando. El Tahuantinsuyo no fue una comuna fraterna. Fue un imperio jerárquico, redistributivo y coercitivo, tan igualitario que ni siquiera podías decidir dónde morirte.

El navegante que nunca zarpó: Túpac Yupanqui y el mito del Pacífico

La historia, como el oro, vale por lo que pesa. Lo demás es escarcha brillante de feria.

Desde cátedras universitarias hasta libros escolares se repite con solemnidad que el emperador inca Túpac Yupanqui emprendió una expedición naval por el Pacífico y llegó nada menos que a la Polinesia: a Mangareva, a RapaNui o a donde haga falta según la necesidad patriótica del momento. La afirmación no solo se dice: se cree, y se cree con esa fe de estatua pública que no necesita pruebas porque ya tiene pedestal. Aquí, en el Perú, es casi verdad incuestionable.

Pero no hay un solo resto arqueológico, genético, documental ni geográfico que confirme que los incas llegaron más allá de las costas sudamericanas.

Y conviene no resumir, porque el detalle es lo que delata la fábula. Según la reconstrucción inflada, más de veinte mil soldados incas habrían zarpado en formación, repartidos en cientos de balsas de totora, rumbo al océano abierto: una especie de desembarco de Normandía andino, con juncos de sogá y flotillas sincronizadas cruzando miles de millas náuticas sin brújula, sin mapas, sin experiencia oceánica y sin viento favorable. Pero no termina ahí. En el relato aparece Antarqui, el nigromante imperial, un personaje que —literalmente, no como metáfora mística— «volaba por los aires». Así, el Tahuantinsuyo no solo habría sido la primera potencia naval de América, sino también su primera fuerza aérea, con el Pacífico de pista de despegue y la magia de motor.

¿Y las pruebas materiales? Tres reliquias, supuestamente traídas de aquellas islas: una silla de latón —metal que no existía en la metalurgia andina—, un cuero sin determinar y, joya de la corona probatoria, unas quijadas de caballo... cuando el caballo no pisó América hasta que lo desembarcaron los españoles en el siglo XVI.

A esto se añade una logística de alto voltaje cómico: las balsas «resistían bien el agua salada» y al llegar a la costa polinesia se «secaban al sol» para el regreso, mientras los marinos incas «sobrevivían exprimiendo el agua de los peces», como si el Tahuantinsuyo hubiera desarrollado una dieta keto ancestral inmune al escorbuto, a la disentería y al sentido común. No es sátira mía: está escrito y publicado como historia de Estado. El mito, cuando se le pide documentación, se queda en estampita.

Neurocirujanos del altiplano: el mito de la medicina milagrosa

No hay cirujano más preciso que el mito cuando se trata de perforar la verdad.

Una de las afirmaciones predilectas del indigenismo mitológico contemporáneo, repetida en panfletos, congresos ideologizados y redes sin control, es esta: los incas practicaban trepanaciones craneales con técnica quirúrgica avanzada y superaban en tasas de supervivencia a la medicina europea hasta el siglo XIX. El relato es siempre solemne, casi de quirófano UNESCO: una ciencia ancestral tan eficaz que la medicina moderna apenas estaría empezando a redescubrir lo que los sabios andinos ya sabían. Un elogio con más de consigna política que de análisis histórico.

Trepanar no es hacer neurocirugía moderna, igual que hacer fuego con dos palos no convierte a nadie en ingeniero de combustión. No había instrumental metálico estandarizado, ni asepsia quirúrgica, ni analgésicos potentes, ni control de infecciones, ni anatomía sistemática. Muchos pacientes sobrevivieron; otros murieron; otros quedaron mutilados. Como en todas las culturas premodernas.

El dato fuerte, que hay que conservar porque es real, lo aportan Andrushko y Verano: en una muestra de la región del Cuzco estudiaron 66 individuos y 109 perforaciones, con métodos de corte circular y raspado y una supervivencia global en torno al 83 % según las señales de remodelación ósea. Y hay un matiz que juega a favor del rigor y en contra del milagro: la supervivencia sube del 40 % en los períodos más antiguos al 75-83 % en época inca. Eso no es un prodigio caído del cielo: es exactamente la huella de un aprendizaje empírico, acumulado por ensayo y error a lo largo de siglos.

Los especialistas serios, John Verano a la cabeza, tratan la trepanación peruana como una práctica arqueológica extraordinaria por su frecuencia, variedad y supervivencia, no como neurocirugía con poncho. Había técnica empírica: raspado, corte circular, conocimiento práctico de qué zonas del cráneo eran menos letales. Eso merece respeto. Lo que no había era ciencia médica moderna. La fórmula exacta es sencilla: trepanación real y, en algunos casos, técnicamente eficaz; neurocirugía moderna, no.

La medicina andina no fue Harvard. Fue empirismo, curanderismo, rito y práctica acumulada. Valiosa en su contexto, impresionante a veces. Pero no neurocirugía, y desde luego no milagro premoderno.

Los quipus: el Excel andino que nunca fue escritura

*Confundir un quipu con escritura es como confundir una cuerda de tender
ropa con una máquina de escribir.*

En el fervor por encontrar grandeza donde no hubo, los quipus han sido presentados como la «escritura» de los incas. Y no solo eso: algunos afirman que codificaban historia, poesía y hasta tratados de astronomía, que eran más complejos que el alfabeto, que fueron los primeros ordenadores analógicos del mundo. Hubo quien comparó los quipus con la tecnología de IBM y bautizó al Imperio inca como un «protoestado digital». No faltaron las lágrimas en los simposios. Calma.

Los quipus fueron, con seguridad, dispositivos de registro numérico y administrativo: conjuntos de cordeles en base decimal, con colores y posiciones que representaban cantidades, usados para anotar llamas, maíz almacenado, población por ayllu, tributos, edades, defunciones. El hallazgo de Inkawasi es la prueba magnífica: Urton y Chu documentaron treinta y cuatro khipus en un centro de almacenamiento inca, asociados a ají, cacahuets y frijoles, con patrones contables. Eso es un logro extraordinario. Un logro contable: Estado, almacén, tributo, control, cálculo. No biblioteca.

¿Pudieron algunos quipus codificar más que números? Es posible, y hay investigación seria al respecto. Pero posibilidad no es desciframiento, y debate no es dogma. A día de hoy no se ha descifrado ni un solo «quipu narrativo»: no hay pares quipu-texto que confirmen esa función, ni una sola palabra legible, y toda hipótesis sobre su contenido literario es especulativa.

Los incas tuvieron memoria oral y quipucamayoc entrenados en cifras, pero no letras. Y eso no es ninguna vergüenza: civilizaciones enteras existieron sin escritura. Pero pretender que las cuerdas con nudos eran papiros es confundir el libro de cuentas con la Biblia. Registrar que nacieron ciento diecisiete llamas no es lo mismo que decir por qué lloró un pueblo.

Memoria estatal no es biblioteca. Registro no es literatura. Nudo no es alfabeto. Y reconocerlo no rebaja a los incas: los devuelve a su grandeza real, que fue la de administradores y constructores formidables, no la de bibliotecarios imaginarios.

La «Noche Victoriosa»: cuando se rebautiza una derrota y se llama memoria

En 2021, la autoridad capitalina decidió que el viejo ahuehuete que conmemoraba la retirada de Cortés ya no recordaría la «Noche Triste», sino la «Noche Victoriosa». «Lo que antes era derrota, hoy lo convertimos en victoria», se proclamó, con tono de liturgia cívica y estética de panfleto.

Se plantó el cartel nuevo entre danzantes, funcionarios de cultura y rituales de alquiler, y la encargada oficial de la memoria histórica de la ciudad presidió, sin que le temblara el párpado, la solemne inauguración del recuerdo mal contado.

El bochorno alcanzó su cima en la placa, que homenajeara a los valerosos que obligaron a huir a «los perpetradores de la masacre del Templo Mayor sobre danzantes desarmados». Conviene saborear la pirueta. El Templo Mayor, donde según las estimaciones más sobrias se sacrificó, descorazonó y se cocinó a decenas de miles de personas a lo largo de décadas, queda convertido en una especie de tablao flamenco donde unos pacíficos danzantes practicaban algo parecido al tai-chi hasta que llegó el malvado Alvarado a aguarles la fiesta. Uno casi diría que al de Badajoz lo que le molestaba era que bailaran mal la jota de Olivenza.

Todo ello sin un solo dato, sin una sola mención a los miles de tlaxcaltecas despedazados en la calzada, sin una palabra sobre la hambruna posterior ni sobre la victoria española real en Otumba siete días después.

Y lo grotesco no acaba ahí, porque la jornada que se celebra como victoria fue la misma en que murieron miles de indígenas aliados de los españoles —tlaxcaltecas y huejotzincas— despedazados en los canales por no ser lo bastante mexicas. Pero esos no cuentan.

Convertir una matanza en fiesta, una retirada en desfile y una tragedia en tótem es el colmo del delirio populista. Y nadie tosió, porque cuestionar el mito es anatema, y lo único que importa es la foto. A ser posible, con corona de plumas.

Hatuey: víctima real, mártir de papel

Lo llaman «el primer rebelde de América», «precursor de la libertad», incluso «el primer guerrillero anticolonial». Le dedican plazas, sellos y documentales con flauta andina y voz compungida. Lo que no le dedican es contexto. Hatuey fue un cacique taíno de La Española que huyó a Cuba con un puñado de seguidores cuando los españoles iniciaron la conquista de la isla. No era cubano, no conocía el terreno, no tenía mando entre los caciques locales. Organizó una resistencia improvisada de unos cientos de hombres, fue delatado por otros indígenas y capturado tras unos meses de incursiones. Ni campaña prolongada, ni levantamiento general, ni gesta épica. Una escaramuza fugaz en tierra ajena, por parte de un jefe sin base.

Su fama descansa casi por entero en la pluma de fray Bartolomé de las Casas, que lo usó en su *Brevísima relación* como arquetipo moral de la crueldad conquistadora. Hatuey es, más que un líder de masas, un personaje de la teología moral lascasiana. Y la célebre frase —«si los cristianos van al cielo, yo no quiero ir allá»— es paráfrasis del propio Las Casas, no cita literal registrada. Y conviene recordar quién es la fuente única de tanta hagiografía.

El mismo fraile que aseguró haber visto cómo un solo cristiano, con una espada y sin moverse del sitio, mataba a diez mil indios en una hora; el que cifró en quince millones las almas destruidas en cuarenta años, es decir, tres veces la población total del Caribe y Centroamérica en 1492. Con esa aritmética bélico-mesiánica, creerse a pie juntillas a este Sánchez con hábito —porque sevillano era, como el que esto firma, aunque por lo demás tengamos poco en común— es una pérdida de tiempo.



José Miguel Vargas, *Hernán de la Vega, alias «Rambóñez»*, 2025. Sátira digital editorial sobre la tendencia a imaginar la conquista de América como si hubiera sido ejecutada con medios, violencia industrial y armamento moderno. «*Cuando Hernán de la Vega, alias “Rambóñez”, desembarcó en tierra firme, conoció al Fraile Bartolomé, y le confesó: no traigo piedad... traigo plomo.*»

El mito de Hatuey, como casi todos los de este capítulo, nació en el siglo XIX, cuando los románticos liberales buscaban un héroe indígena que oponer a la imagen del conquistador. Y servía a las mil maravillas: no dejó herederos, no dejó papeles, no lideró nada prolongado, pero murió en la hoguera, y eso bastaba para canonizarlo. Le pusieron después la voz de Camilo, la estampa de Bolívar y el fuego de Zapata, tres siglos antes de que ninguno de ellos existiera. Pero Hatuey no pidió independencia, no soñó naciones, ni siquiera habló de libertad en sentido moderno: solo quería sobrevivir, y perdió. Fue un hombre valiente arrastrado por una guerra que no entendía del todo. Convertirlo en el Che del Caribe no es honrarlo: es disfrazarlo. La historia no necesita mártires de cartón; necesita memoria, con todas sus aristas, hasta las que no caben en una pancarta.

El pozole: del sacrificio humano a la olla familiar

De todos los platos que el indigenismo reivindica con fervor nacionalista y orgullo ancestral, el pozole ocupa quizás el lugar más paradójico: estandarte culinario en México, reliquia prehispánica según los folletos museísticos, y «auténtico manjar ancestral» en los menús para turistas ávidos de exotismo.

Pero lo que sistemáticamente se omite —con deliberada amnesia selectiva— es que el pozole actual —ese que hoy se sirve humeante con lechuga crujiente, rábanos mordientes, cebolla picante, orégano aromático y, por supuesto, succulenta carne de cerdo— nació del mestizaje más radical posible, no del mito idealizado.

Y en este caso, literalmente, del horror convertido en guiso. Porque la receta original no llevaba cerdo ibérico. Llevaba carne humana sacrificial.

Fray Bernardino de Sahagún —cuya obra fue dictada por informantes nahuas y es considerada la fuente etnográfica más fidedigna del México antiguo— lo describe con inquietante naturalidad en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*: «Después de haber sacado el corazón a los cautivos y derramado la sangre, llevábanlos al calpul y allí los despedazaban y los repartían para comer [...] y hacían una manera de potaje que se llama *tlacatlaolli*, que quiere decir maíz cocido con carne de hombre». Lo confirman además testimonios como los de Juan de Torquemada, Motolinía y el Códice Florentino, donde los propios informantes nahuas detallan la preparación.

Es decir: el pozole original era antropofagia con condimento cosmológico y justificación teológica.

La llegada de los españoles transformó no solo el régimen político, sino también el contenido de la olla comunal. El cerdo —animal traído por los conquistadores desde la península ibérica y desconocido en América— no solo sustituyó la carne humana: la redimió culinariamente y transformó un acto ritual en comida familiar. De festín ritual reservado a guerreros y sacerdotes aztecas, pasó a ser plato festivo de Navidad, cumpleaños y domingos familiares.

La paradoja alcanza niveles dignos de García Márquez: muchos de los que denuncian con furia desatada la «imposición cultural cristiana» celebran simultáneamente con pasión indómita el pozole dominical... sin saber —o fingiendo no saber— que comen precisamente una receta que solo existe gracias a esa transformación hispánica.

Porque si el mundo prehispánico hubiera continuado intacto, hoy tendríamos que, o bien cancelar la cena familiar, o bien cambiar radicalmente de invitado principal cada semana.

Un regalo para Aquiles

Y ya que tanto se invoca a estos jefes como Aquiles de obsidiana, hagamos un ejercicio comparativo que el manual escolar evita con cuidado de cirujano. Frente a la imagen del rey que conduce a su pueblo desde la retaguardia ceremonial, repasemos la nómina de monarcas hispánicos que pelearon sus batallas con el acero en la mano y el barro hasta las rodillas. No para humillar a nadie: para devolver la proporción.

Empecemos por los emperadores romanos nacidos en Hispania: Trajano, sevillano de Itálica, que cabalgó las guerras dácicas y las campañas pártico-orientales; Teodosio I, vencedor en el río Frígido. Sigamos con los visigodos: Teodorico I, muerto en combate contra Atila en los Campos Cataláunicos; Rodrigo, caído en Guadalete. Continuemos por la Reconquista, que fue ocho siglos de monarcas con la espada desenvainada: Pelayo en Covadonga; Alfonso I el Batallador, que tomó Zaragoza y murió peleando en Fraga; Pedro II de Aragón, muerto luchando en Muret; Jaime I el Conquistador, que tomó Mallorca y Valencia; Fernando III el Santo, que organizó la ofensiva sobre Córdoba, Jaén y Sevilla; Alfonso XI, vencedor del Salado. Y rematemos con el emperador Carlos V, que cabalgó en primera fila con armadura imperial en la toma de Túnez en 1535, y que combatió en persona en media Europa.

La lista podría triplicarse. Reyes que murieron con las botas puestas, que perdieron batallas a pecho descubierto y ganaron otras al frente de sus huestes. Y al recorrerla entera, uno repara en un detalle delicioso: no hay ningún Borbón. Ni uno. No hago más comentarios al respecto.

Cuauhtémoc: el Aquiles que se rindió en canoa

Lo han convertido en estatua nacional, mártir ideológico y estampa escolar. Lo pintan como Aquiles de obsidiana, lo enarbolan como tótem sagrado de la mexicanidad, le dedican avenidas y discursos con la voz quebrada. Pero conviene bajar del pedestal y mirar el expediente, porque el último tlatoani mexica no fue el héroe de la libertad que vende el folleto. Fue el último engranaje de un régimen tributario, teocrático y sangriento, sostenido sobre la subordinación ritual de los pueblos vecinos. Que era valiente, lo fue: dirigió la defensa final de Tenochtitlan a sabiendas de que estaba perdida. Pero la valentía no es lo que está en disputa. Lo que está en disputa es por qué luchaba. Y no luchaba por una nación mexicana que no existía, sino por la pervivencia del imperialismo de la Triple Alianza y la hegemonía de Tenochtitlan sobre sus vasallos.

Asumió el poder hacia 1520, cuando el imperio mexica ya era un cadáver político que aún no se había enterado de que lo era. Heredó una ciudad asediada, un sistema en colapso y una lógica religiosa basada en el sacrificio humano a escala industrial. Y aquí está el dato que ningún mural reproduce: presidió el sacrificio ritual de españoles capturados y de indígenas aliados, cuyos corazones se ofrecieron a los dioses y cuyos cuerpos se repartieron según el protocolo antropófago de la casa. Esto no es propaganda hispanista ni invención de cronista resentido: lo confirma la arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que ha excavado los hornos, los huesos con marcas de corte y los *tzompantli* donde se ensartaban los cráneos.¹ Mientras tanto, miles de sus súbditos morían de hambre, de sed y de viruela en una ciudad convertida en ratonera, y los sacerdotes seguían degollando prisioneros para alimentar a dioses cada vez más hambrientos. Su gobierno no mostró piedad ni visión estratégica: ordenó resistir hasta el final sabiendo que el resultado sería el exterminio de su propio pueblo. No es que eligiera mal entre opciones difíciles; es que eligió el abismo y arrastró a la ciudad entera con él.

¿Captura heroica? El 13 de agosto de 1521, Cuauhtémoc fue interceptado por el capitán García Holguín mientras evacuaba en canoa por la laguna de Texcoco, llevando consigo a su familia, a sus nobles y lo que quedaba del tesoro real. No cayó con la espada en alto sobre las ruinas: intentaba escapar, y fue apresado. Lo cuentan al unísono Hernán Cortés en su *Tercera carta de relación* y Bernal Díaz del Castillo en su

¹ Sobre el sistema mexica de sacrificio humano y antropofagia ritual documentado por la arqueología, las publicaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y de *Arqueología Mexicana*. El sacrificio no era exceso aislado ni exageración de cronista, sino institución central del poder de la Triple Alianza y mecanismo de terror sobre los pueblos tributarios.

Historia verdadera.²

Su célebre frase —«toma ese puñal y mátame»— sí figura en Bernal, con variaciones, de modo que esa se la concedemos: es de las pocas que sobreviven al control de archivo.³ Lo que no sobrevive es la coreografía del mártir. No lo ejecutaron allí: Cortés lo perdonó, lo trató con respeto y lo integró en su séquito. La ejecución llegaría en 1525, durante la expedición a las Hibueras, acusado de conspiración. Hay fuentes indígenas que dan crédito al complot y otras que lo tienen por invención. Sea como fuere, murió ahorcado de una ceiba, lejos de su lago y de su leyenda.

Y aquí la contradicción que haría reír si no la enseñaran en las escuelas: la mayoría de los indígenas mexicanos actuales no descienden de los mexicas, sino de los pueblos que los combatieron —tlaxcaltecas, otomíes, totonacas, huejotzincas—, aquellos a quienes Tenochtitlan exprimía a tributo y cosechaba para el altar. Elevar a Cuauhtémoc como símbolo identitario de quienes lo padecieron es como nombrar al lobo patrono de las ovejas. Una pirueta que solo se sostiene si nadie abre el expediente.

Conviene insistir en el contraste, porque es brutal. La autoridad capitalina ha llegado a proclamar que Cuauhtémoc «nos enseñó que rendirse nunca es una opción».

Suena apoteósico, casi cinematográfico; el problema es que es falso, porque sí se rindió, y no de cualquier manera: huyendo en canoa, con la familia, las joyas y los vasallos a bordo. Los indigenistas se aferran a él como al Leónidas de las Américas, pero Cuauhtémoc no cayó peleando: cayó escapando. Y con él murieron miles que quizá se habrían salvado de rendirse a tiempo, mientras la viruela, el hambre y la metralla vaciaban la ciudad. En vez de estrategia, un sacerdote de la inmolación colectiva; en vez de líder, el último obstáculo para una paz tardía y costosa. Lo llevaron ante Cortés con más teatralidad que honor, y allí soltó su célebre frase. No lo mataron: lo trataron, paradójicamente, mejor de lo que él había tratado a los hijos de Moctezuma, a quienes hizo ejecutar por el delito de sugerir la rendición.

Su mitificación no nació en el siglo XVI, sino en el XIX, fabricada por los liberales hambrientos de una épica indígena que oponer a la hispánica. Y Cuauhtémoc era el candidato perfecto: murió joven, no dejó escritos, no tuvo descendencia poderosa. Un mártir moldeable, una arcilla sin biografía incómoda que estorbara. No fue un Aquiles mexica: fue el rostro tardío de un sistema que vivía de arrancar corazones y de esclavizar a sus vecinos. Si ha de ser símbolo de algo, que lo sea del colapso de un orden teocrático; no del orgullo de quienes ayudaron a derribarlo. Ya basta de altares para carniceros. Si ha de servir de advertencia, sírvase de advertencia; no de bronce.

² Hernán Cortés, *Tercera carta de relación* (1522); y Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CLVI. Ambos coinciden en la captura de Cuauhtémoc el 13 de agosto de 1521 por García Holguín cuando evacuaba en canoa con su familia y su círculo. No se afirma cobardía —juicio psicológico sin base—: se constata que no inmoló su vida en las ruinas, sino que intentó escapar y fue interceptado.

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. CLVI: «toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él». La cita está verificada en la crónica, con ligeras variantes textuales según la edición.

Tlaxcaltecas para cenar: el banquete que la corrección política no digiere

«Los cuerpos no fueron enterrados. Fueron descuartizados, cocinados, devorados.» No es el guion de una película de terror: es, en esencia, lo que documentó la arqueología en Zultépec-Tecoaque, cuyo topónimo en náhuatl significa, con una franqueza que ya quisieran los eufemismos modernos, «el lugar donde se los comieron».⁴

Conviene precisar el episodio, porque la precisión es lo que blindo. No se trataba de la hueste que huyó en la Noche Triste, como a veces se repite, sino de un convoy rezagado de la expedición de Pánfilo de Narváez que marchaba hacia Tenochtitlan en 1520, cargado de españoles, mujeres, mulatos, zambos, niños y animales.⁵

Los atraparon los acolhuas, aliados de los mexicas, y durante meses los fueron sacrificando uno a uno en ceremonias rituales. A las mujeres —incluidas africanas y tlaxcaltecas— las conservaron un tiempo antes de pasarlas también por la piedra. A los caballos los despedazaron, los adoraron como criaturas sagradas y los hirvieron en vasijas.

Lo sabemos porque el INAH, bajo la dirección de Enrique Martínez Vargas y Ana María Jarquín, desenterró los huesos con marcas de corte y cocción, los hornos ceremoniales y los cráneos ensartados. Es uno de los casos de antropofagia ritual mejor documentados del continente.

Y, sin embargo, este yacimiento brilla por su ausencia en el manual progresista. Nadie lo tuitea. Ningún activista pinta murales con las mujeres tlaxcaltecas guisadas. No hay museo de la memoria en Tecoaque. ¿La razón? Que en esta escena los españoles no fueron los verdugos, sino las víctimas, y eso no cabe en el relato. El mito indigenista exige pureza ancestral, espiritualidad ecológica y comunión con la Pachamama; el desmembramiento de africanas y el guiso de caballos no encajan en el folleto turístico de la armonía precolombina. Por eso se omite. Nosotros no omitimos: nombramos, desenterramos y recordamos, porque la historia real —la sucia, la sangrienta, la que incomoda a todos por igual— vale más que cualquier consuelo ideológico.

⁴ Yacimiento de Zultépec-Tecoaque (Tlaxcala), excavado por el INAH bajo la dirección de Enrique Martínez Vargas y Ana María Jarquín. El topónimo náhuatl *Tecoaque* se traduce como «el lugar donde se los comieron». Los restos —huesos con marcas de corte y cocción, hornos, *tzompantli*— constituyen uno de los registros de antropofagia ritual mejor documentados de Mesoamérica.

⁵ Precisión historiográfica relevante: el grupo capturado y sacrificado en Zultépec-Tecoaque no era la hueste de Cortés que huyó en la Noche Triste, sino un convoy rezagado de la expedición de Pánfilo de Narváez que se dirigía a Tenochtitlan en 1520, integrado por españoles, mujeres, mulatos, zambos, niños y animales. Cf. los informes del INAH y E. Martínez Vargas en *Arqueología Mexicana*.

El espejo

*Cierre de «La última noche del sol», relato de la matanza de Cajamarca con
que remata el legajo segundo.*

Y de pronto, el silencio de hoy.

Una sala con aire acondicionado. Una pantalla, o una vitrina iluminada, o la página de un libro: da igual el objeto, importa la luz fría y limpia, sin polvo, sin sangre, sin siglos encima.

Y un reflejo en el cristal. El nuestro. El tuyo.

Es cómodo llorar a un imperio. No pesa. No huele. No pide nada.

Lo difícil es mirar a los muertos que tuvieron nombre. Los de un lado y los del otro. Y no buscarles una bandera que los consuele.

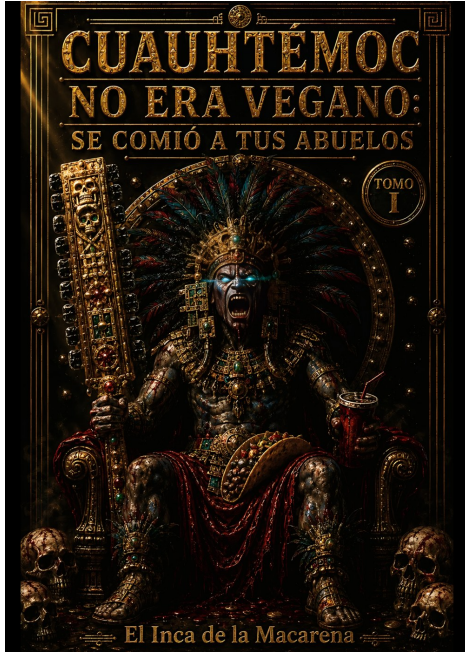
El reflejo en el cristal te sostiene la mirada.

La última noche del sol no la vivieron los incas. La estás viviendo tú, ahora, cada vez que eliges qué recordar.

La luz baja, despacio, hasta que en el cristal solo queda el reflejo. Y después, ni eso.

□

AQUÍ TERMINA EL PLIEGO Y EMPIEZA EL LIBRO



Cuauhtémoc no era vegano: se comió a tus abuelos

El Inca de la Macarena

TOMO I · amzn.eu/d/08wkfUL1 TOMO II · amzn.eu/d/0cQGSxM5

TRÁILER · youtu.be/GRWxASVZNKE LA WEB · cuauhtemocnoeravegano.com

Laus Deo.
